



Philippe Soupault.

La noche y el azar

La novela policiaca y metafísica de Philippe Soupault

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Proxenetes, apostadores, prostitutas, asesinos, incendiarios y un mirón. Con esos mimbres **Philippe Soupault**, en 1928, año de la *Nadja* de **Bretón** y *La ópera de los tres centavos* de **Brecht**, último año entusiástico antes del desastre colectivo del 29, concibió *Las últimas noches de París*, una novela policiaca y metafísica a partes iguales, donde el enigma es el azar y el azar es la mano del tiempo. Obra ambigua, más cercana al ensueño que al costumbrismo, en deuda con el espíritu surrealista que Soupault inspiró con *Los campos magnéticos*, y que sin embargo traza un exacto mapa de un París carnal y mensurable, el autor atrapó en sus páginas el noctambulismo, el encanto de la delincuencia, la batalla contra el sentido común. Y lo hizo con una escritura nerviosa y a la vez precisa, que sin renunciar a los hallazgos de la ambigüedad poética («La poesía es un cortocircuito entre los sentidos y la realidad», escribió **Bruno Schulz**), urdió el retrato de unos bajos fondos donde incluso la muerte parece una tirada de dados.

La noche es la gran protagonista de la acción. La noche como privilegio de la belleza, el acaso y la verdad del mundo. La noche como testigo de todo lo que la vida encierra de formidable, al punto de que Soupault invierte la habitual identificación de la luz con lo positivo y la oscuridad con lo negativo. Cada vez que en París amanece, los protagonistas de la novela sienten que su corazón se encoge. El día con sus rutinas, sus reglamentaciones, sus secretos a la vista, es un reino de inmundicia. La ciudad se transparenta bajo la luz en su condición de ciénaga, pocilga, vertedero. Sólo en la noche el hombre es libre para perseguir sus sueños, aquello que codicia y admira, sea la silueta de una mujer o la sombra de un crimen. Como ese narrador sin nombre, hasta cierto



Las últimas noches de París

PHILIPPE SOUPAULT

Jus, 2017; 126 páginas; 13 euros

punto heredero del flâneur de **Baudelaire**, pero que no halla su lugar entre la multitud que el poeta le reservó como patria, sino entre la pequeña comunidad de ladrones, mendigos y haraganes que subrayan cada peripecia de la novela, y de cuya mano recorreremos una historia en la que los motivos importan menos que los impulsos.

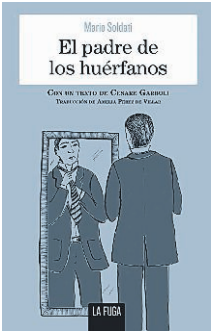
Bajo el hechizo de una incierta melancolía y de un delicado sentido del apocalipsis, cifrado en el enigmático personaje de Octave, ese joven dibujante, amigo de las obsesiones y al tiempo indiferente a casi todo, que no se sabe bien si muere o sencillamente desaparece tras haber fantaseado con la idea de un París que sucumbe a las llamas, Soupault, que amparó su novela bajo un motivo tan deslumbrante como ambiguo, digno de **Rimbaud** («Escoger es envejecer», se lee en la primera línea de la novela), alcanzó en sus páginas un raro equilibrio entre transparencia y hermetismo. Así, desconfiando de la claridad, como en toda obra que se precie, nos entregó entre líneas, bajo el esqueleto de París, el testimonio de una alegoría inagotable.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Cierre de la espléndida trilogía del comendador, de Soldati

Con la publicación de **El padre de los huérfanos** el lector tiene ya acceso completo a la trilogía de novelas cortas y relatos largos **Una cena con el comendador**, del turinés **Mario Soldati** (1906-1999). Es Soldati, que compaginó la escritura con la dirección de cine y televisión, autor mal conocido en España. O lo era al menos hasta que La fuga publicó en 2014 su espléndida **La chaqueta verde**, a la que en 2015 se unió la no menos notable **La ventana**, las dos narraciones hermanas de la que ahora nos llega. Soldati es claro, preciso, milimétrico en la composición de sus tramas, agudo en la percepción de los meandros anímicos. Entretiene, golpea el espíritu y, en suma, una vez conocido se vuelve necesario. En **El padre de los huérfanos**, el viejo comendador se reencuentra con un antiguo amigo, despótico y secreto, que ha decidido dejar la dirección de La Scala milanesa para, en una evangélica caída del caballo, fundar un orfanato del que se ocupa en persona. Pero la mentira, como siempre en Soldati, acecha en cada recodo del discurso. Grande.



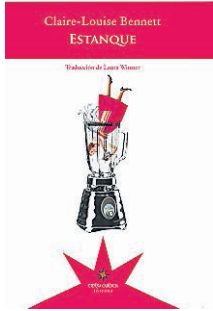
El padre de los huérfanos

MARIO SOLDATI

Traducción de Amelia Pérez de Villar

La fuga

112 páginas. 14 euros



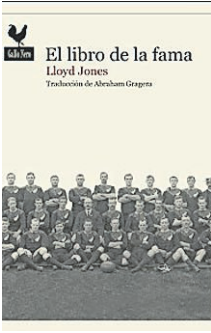
Estanque

CLAIRE-LOUISE BENNETT

Traducción de Laura Wittner

Eterna Cadencia

160 páginas. 17,50 euros



El libro de la fama

LLOYD JONES

Traducción de Abraham Gragera

Gallo Nero

216 páginas, 17 euros



Ella siempre está

JOSE GONZÁLEZ

Papeles Mínimos

122 páginas

15 euros

Universo de objetos con mujer solitaria mirando

Estanque, el primer y celebrado volumen de la inglesa **Claire-Louise Bennett**, habla de la soledad de una mujer. Una mujer inglesa que vive en una pequeña comunidad rural de la costa irlandesa y que, en paralelo, lee una ficción sobre otra mujer: la última con vida en el planeta. **Estanque** se compone de una veintena de piezas, algunas de ellas limitadas a unas pocas líneas, que reflejan todo el universo vital de la protagonista. Y lo hacen con una prosa minuciosa, capaz de penetrar en hábitos y objetos —las personas casi han desaparecido— con un detenimiento que a veces abre la puerta a la sonrisa y, a veces, mueve a interrogarse sobre los niveles de equilibrio psíquico de la voz narradora. El resultado, que podría verse como una novela fenomenológica en relatos y apuntes, es muy poderoso. Tal vez porque revela cómo, desde un punto de vista muy, muy ensimismado, se puede plasmar con máxima acuidad la complejidad de los procesos perceptivos sin que el escenario exterior quede aplastado en el intento.

El viaje en el que los “All Blacks” alucinaron al mundo

Un zapatero, un labrador, un minero, un carpintero, un herrero... y así hasta veintisiete hombres jóvenes. Eran los “**Original All Blacks**” y en 1905 se subieron a un barco rumbo a Europa para dejar asombrado al Viejo Continente, y en primer lugar a los ingleses, con sus danzas maoríes y su aplastante manera de resolver un partido de rugby. Dicen que aquella gira fue tan demoledora que los chicos de negro sólo encajaron 39 puntos mientras endosaban a sus rivales nada menos que 830. El neozelandés **Lloyd Jones** (1955), con una larga trayectoria como narrador, se ha sentido tan irresistiblemente hipnotizado por aquel legendario viaje de sus compatriotas que ha dedicado largo tiempo a reconstruirlo. Y donde las crónicas no bastaban, ha tenido que recurrir a lo que las conversaciones han dejado en las memorias y a la más pura imaginación. **El libro de la fama** es una narración entusiasta, con una fuerte impronta épica, que rescata de las sombras los contornos de una de las mayores gestas deportivas.

Aproximación a los mimbres del ser a través de la familia

Llega a las librerías **Ella siempre está**, la segunda novela de **Jose González** (Monforte de Lemos, 1981), que ahonda en las muy personales vías líricas que ya había explorado en **La visita**, la narración que le dio a conocer. Como **La visita**, **Ella siempre está** se mueve en la ciénaga de la familia, de la memoria más íntima, de los mimbres que han hecho del adulto lo que él mismo desconoce que es. Unos mimbres cuya plasticidad ha de descubrir el narrador mientras desbroza la jungla del recuerdo, haciendo brotar las palabras, de estricta raíz poética, con dificultad o facilidad proporcionales al enmarañamiento del conflicto al que desafían. González, que hace reposar el núcleo de la historia en la relación entre un hermano menor y una hermana mayor, heraldo del sufrimiento, hace en efecto una utilización intuitiva del lenguaje, que ilumina u oscurece su objetivo a medida que triunfa o fracasa en el empeño. Una obra, puesta bajo la advocación de **Jung**, con todas las cimas y los pozos de las tentativas de autoexploración.